

**Juan-José López Burniol**

# Unamuno: un hombre libre

**A** la salida del cine, donde acabo de ver *Mientras dure la guerra*, una película honesta y digna de Alejandro Amenábar, he pensado en un texto del periodista Manuel Chaves Nogales, director de *Ahora*, próximo a Azaña y testigo de los primeros meses de la Guerra Civil, quien, visto lo que pasaba en uno y otro bando, decidió salir de España en 1937, escribiendo una especie de testamento en el prólogo de una obra suya de título y contenido tremendos: *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España*. Dice así: “Entre ser una especie de abisinio desteñido, que es a lo que le condena a uno el general Franco, o un kirguís de Occidente, como quisieran los agentes del bolchevismo, es preferible meterse las manos en los bolsillos y echar a andar por el mundo (...) El resultado final de esta lucha no me preocupa demasiado. No me interesa gran cosa saber que el futuro dictador de España va a salir de un lado u otro de las trincheras (...) Y, aunque sienta como una afrenta el hecho de ser español, me esfuerzo en mantener una ciudadanía española puramente espiritual, de la que ni blancos ni rojos puedan despo- seerme”.

No es extraño que la visión de los últimos días de Miguel de Unamuno recreados en la película me haya evocado este texto. Porque el espíritu que subyace en aquella no difiere del que se desprende de la narración que de ellos hace Andrés Trapiello en *Las armas y las letras. Literatura y Guerra Civil (1936-1939)*. Cuenta Trapiello que Unamuno creyó al principio que el golpe militar traería la paz a España, sumándose a la rebelión. “Me extraña –dijo don Miguel a *El Mercurio* de Chile– el encontrarme hoy dando mi confianza a los militares. En cierta ocasión dije en Francia: ‘Más vale un cañón que un teniente coronel’. Hoy no repetiría eso. El ejército es el único cimiento con el cual se puede dar una base seria a España”. La reacción del Madrid republicano fue inmediata, achacándole “la más dolorosa de las traiciones: la que se hace el hombre a sí mismo por la más inno- ble de las cobardías”; razón por la que se

le destituyó como rector vitalicio de la Universidad de Salamanca y de cuantos cargos le había confiado la República. Era el 20 de agosto de 1936. Hacía sólo un mes y dos días que había estallado la guerra. E inmediatamente, desde el otro bando, el general Cabanellas –presidente de la Junta de Defensa Nacional– le confirmó en todos sus cargos. Pero, por aquellas mismas fechas, Unamuno comenzó a saber que no pocos de los que aparecían muertos en las cunetas o junto a

**Llegado el momento de la verdad, Unamuno no estuvo ni con los extremistas de un lado ni con los radicales del otro**



WALT DISNEY / A/CN

las tapias de los cementerios eran amigos suyos: maestros, profesores, ediles, boticarios... Y fue también por estas fechas cuando Unamuno comenzó a escribir *El resentimiento trágico de la vida*, una obra de sólo cuarenta páginas con apuntes de una ferocidad cainita. Con este estado de ánimo asistió Unamuno al acto celebrado el 12 de octubre de 1936, en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, para celebrar el día de la Hispanidad.

Doy por descontado que conocen su desarrollo y, en especial, el enfrentamiento de

Unamuno con el general Millán-Astray. Baste recordar los exabruptos de este –“Viva la muerte” y “Muera la inteligencia”– y las ideas que vertebraron la intervención del rector de Salamanca: “Vencer no es convencer y hay que convencer sobre todo, y no puede convencer el odio que no deja lugar para la compasión, el odio a la inteligencia (...) Venceréis pero no convenceréis. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta. Pero no convenceréis porque convencer significa persuadir. Y para persuadir necesitáis algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil pedir os que penséis en España. He dicho”.

Salió del paraninfo entre Carmen Polo y José María Pemán. Aquella misma tarde fue expulsado del casino, en medio de imprecaciones e insultos. Diez días después, el general Franco –ya jefe del Estado– firmó un decreto por el que se le vol- vía a destituir de todos sus cargos. Había conseguido algo singular: el repudio formal por las dos Españas. Sometido a vigilancia, salió ya poco de su casa. Lo hacía a veces con Eugenio Montes. Una mañana, acompañado por este, se detuvo en la tienda del marmolista que hacía la lápida para su mujer, muerta poco antes, para dictarle su propio epitafio: “Méteme, Señor, en tu pecho, / misterioso hogar, / que vengo deshecho / de tanto bregar”. Era el 21 de diciembre. Murió diez días después.

Concluye Trapiello que Miguel de Unamuno fue un hombre libre, “el hombre más libre que ha dado España”. Por eso, llegado el momento de la verdad, no estuvo ni con los extremistas de un lado ni con los radicales del otro; por eso mismo, un hombre bueno –Antonio Machado– escribió en su necrológica que “murió, sin duda alguna, tan noblemente como había vivido”; y por eso, en suma, un aspecto esencial de su legado es el repudio a las posiciones extremas, sean estas del color que sean. Quizá llevaba razón alguien que le quería poco y escribió de él: “Unamuno tal vez no pueda ser un guía, pero bien puede ser un símbolo”. Un símbolo de libertad.●